«EN CAMINO HACIA UNA META SANTA: SER PROLONGADORES DE LA MISIÓN»

A propósito de la homilía del Papa Benedicto XVI en la Misa con los seminaristas de la JMJ

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i203.322>

ANDRÉS GARCÍA DE LA CUERDA*

Todavía están frescos en la memoria y en el corazón los días vividos con motivo de la JMJ: una experiencia viva de la catolicidad y la apostolicidad de la Santa Iglesia en la que, cerca de dos millones de jóvenes de todo el mundo eran confirmados en la fe por la presencia sabia y venerable del Papa Benedicto. La JMJ ha sido, ante todo, una fiesta joven, de los jóvenes para los jóvenes, en torno al seguimiento de Cristo: «Arrraigados y edificados en Cristo; firmes en la fe». Así lo señalaba el Santo Padre en la acogida de Cibeles: «Aprovechad estos días para conocer mejor a Cristo y cercioraros de que, enraizados en Él, vuestro entusiasmo y alegría, vuestros deseos de ir a más, de llegar a lo más alto, hasta Dios, tienen siempre futuro cierto, porque la vida en plenitud ya se ha aposentado dentro de vuestro ser»¹. El Papa salía al paso de la falta de confianza en el futuro de tantos jóvenes o de una vida sin ideales, invitándoles a vivir en el horizonte de Dios, recorriendo el camino de la vida con Cristo como un camino de plenitud humana y, por ello, de santidad.

1. «CRISTO SIGUE LLAMANDO A JÓVENES DISCÍPULOS...»

Obviamente, entre la inmensa multitud de los jóvenes, se contaban los casi cinco mil seminaristas de todos los pueblos, naciones y razas. Inolvidable, también, la Eucaristía celebrada con ellos en la Catedral de la Almudena, verdadero signo de delicadeza y predilección hacia aquellos que, dejándolo todo, se disponen al seguimiento de Jesucristo con la entrega sacerdotal de sus vidas. También a ellos, en su propia especificidad se dirigía la propuesta del Santo Padre de recorrer la vida con Cristo, irradiando el testimonio cristiano en medio de este mundo

* Rector del Seminario Conciliar de Madrid.

1. Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes en la fiesta y liturgia de acogida en la Plaza de Cibeles*, 18 de agosto de 2011.

que les ha tocado vivir: «No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios»², afirmaba el Papa, señalando la urgente necesidad del testimonio cristiano en el mundo. Urgente necesidad que el Santo Padre concretaba de manera especial para el joven auditorio de futuros sacerdotes que abarrotaban la catedral de la Almudena en aquella mañana del mes de agosto: «Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado»³.

En verdad, las intervenciones del Papa en la JMJ estuvieron traspasadas por la pastoral vocacional. Desde el mismo momento de su aterrizaje en el aeropuerto de Barajas, Benedicto XVI así lo insinuaba: «Llego como Sucesor de Pedro para confirmar a todos en la fe (...). Para exhortar a los jóvenes a encontrarse personalmente con Cristo Amigo y así, radicados en su Persona, convertirse en sus fieles seguidores y valerosos testigos»⁴. Prácticamente todas las intervenciones del Santo Padre llamaban a vivir con fidelidad y confianza las diferentes vocaciones cristianas: «Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga»⁵. Obviamente, entre ellas, también la sacerdotal. Porque el Santo Padre, sin duda, trató de anunciar el evangelio de la vocación cristiana pero no dejó de llamar la atención sobre la necesidad vital de contar con suficientes y santos sacerdotes que prolonguen la presencia y misión de Jesucristo en esta hora de la historia humana.

Es evidente que los candidatos al sacerdocio no surgen por generación espontánea. Son hermanos nuestros: cada uno de ellos está «tomado de entre los hombres para ocuparse de las cosas de Dios», como dice la Carta a los hebreos (5, 1). Por otra parte, no vivimos tiempos de abundancia en vocaciones sacerdotales. Pensemos en la urgente necesidad de sacerdotes de tantas Iglesias particulares, tanto de España y de Europa como de países de misión *ad gentes*, urgencia que, en algunas latitudes, provoca una angustiosa previsión del futuro. Sin embargo el Papa miraba esta realidad con optimismo evangélico: «Al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos...»⁶. El bello espectáculo de la catedral de la Almudena, abarrotada de candidatos al sacerdocio, recordaba cómo sigue vigente la promesa de Dios a su pueblo, «os daré pastores según mi corazón» (Jr 3, 15): los seminaristas presentes en la Eucaristía eran prueba fehaciente de ello.

2. Id., *Homilía en la Misa de Clausura de la JMJ en Cuatro Vientos*, 21 de agosto de 2011.

3. Id., *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*, 20 de agosto de 2011.

4. Id., *Discurso en la ceremonia de recepción en España*, 18 de agosto de 2011.

5. Id., *Discurso en la vigilia de clausura de la JMJ en Cuatro Vientos*, 20 de agosto de 2011.

6. Id., *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

Con la certeza de que el Señor sigue llamando, también hoy, al seguimiento apostólico, y de que su llamada fascina a no pocos jóvenes que, más allá de los alicientes que ofrece la cultura actual, responden con la entrega de la propia vida a Cristo y a los hermanos, el Papa Benedicto no desaprovechó ocasión para sembrar la semilla de la inquietud vocacional por el sacerdocio o la vida consagrada. A los jóvenes voluntarios, que con verdadera y sacrificada dedicación habían atendido las múltiples necesidades de la JMJ, el Santo Padre les interpelaba en directo: «Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio?»⁷.

La urgencia evangelizadora y la fidelidad a la palabra y al testimonio del Papa son una invitación a secundar su siembra vocacional para todas las comunidades eclesiales y fieles cristianos, especialmente, para sacerdotes y consagrados. No se puede vivir despreocupados ante esta situación de estiaje vocacional. Junto al testimonio irradiante de cada seminarista ofreciendo su propia experiencia vocacional —de joven a joven, de corazón a corazón— a todo aquel que el Señor ponga en el camino, la presente situación reclama, sobre todo a los presbíteros, como imperativo vital y pastoral, brindar el testimonio luminoso y feliz de la entrega sacerdotal a las nuevas generaciones de jóvenes cristianos. El «ven y lo verás» de Felipe a Natanael (Jn 1, 46) debe desbordar el corazón del sacerdote y del que se prepara para serlo, de manera que contagie la ilusión por el sacerdocio y la alegría de vivir en la entrega servicial a Cristo y a los hermanos. Creyendo en el poder de la oración según el mandato del Señor: «Rogad al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies» (Mt 9, 38), no es ilusorio esperar una abundante floración vocacional en los próximos tiempos: como, cuando y donde el Señor quiera. Con el Santo Padre, sigamos confiando en las promesas de Dios, estimulados por el testimonio irradiante y lleno de sabiduría de su venerable ministerio.

2. «CRISTO HIZO DE SU EXISTENCIA UNA OFRENDA TOTAL»

El Papa Benedicto, comentando la primera lectura de la liturgia de la Palabra, contemplaba a Cristo «como el nuevo y definitivo sacerdote, que hizo de su existencia una ofrenda total»⁸. Más adelante, a la luz del Evangelio, insistía sobre la entrega total e incondicional del Señor anticipada en la institución de la Eucaristía: «Entrega de su cuerpo y sangre para la vida de los hombres y para el

7. Id., *Saludo en el encuentro con los voluntarios de la JMJ*, 21 de agosto de 2011.

8. Id., *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

perdón de sus pecados»⁹. Además de proponer con vigor aspectos fundamentales sobre el sacerdocio de Jesucristo, el Papa indicaba a los seminaristas la necesidad de identificarse con ellos para disponerse a vivir la configuración sacramental con el Sumo y Eterno Sacerdote: «Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquel que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima»¹⁰.

El Papa se adentraba, con estas palabras, en el corazón de la formación sacerdotal. En efecto: los seminaristas se han encontrado con el Señor y han escuchado la llamada al seguimiento de sus labios; llamada plena de afecto y predilección. Esta llamada establece una relación nueva e inefable «entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde»¹¹. Dicho de otra forma, la llamada de Jesús al seguimiento es la manifestación en la historia concreta de una persona del misterio de su elección por Dios «desde antes de la creación del mundo» (Ef 1, 4). La llamada implica a los seminaristas en la totalidad de su existencia, reclamándoles una confianza plena y una entrega total: en definitiva, situarse en la obediencia de la fe vivida en el seguimiento apostólico y sacerdotal de Jesucristo. Deben llegar a ser capaces de decir con el apóstol Pablo: «Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo...» (Flp 3, 8) Esta forma de vida totalmente entregada –respuesta de amor al amor de Cristo– está en la base de toda vocación al sacerdocio apostólico. Ser sacerdote es siempre respuesta a un amor precedente más grande que fascina, se acoge y se vive con alegría y gratitud: «Por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí» (1 Cor 15, 1) dirá san Pablo al respecto.

Ser encontrado por Cristo supone, pues, relativizarlo todo y estar dispuesto a perderlo todo, incluso los proyectos personales más legítimos, con tal de seguirle a Él, ofreciéndole hasta la propia libertad. El signo y la prueba más elocuente de la veracidad de la llamada y de la calidad de la respuesta será la disposición a dejar todo por Cristo. Así lo hicieron los Zebedeos al abandonar las redes y a su padre para seguir a Jesús (cf. Mc 1, 18-20) y también los demás apóstoles. Por ello, como enseña el Santo Padre, el proceso de formación sacerdotal debe ser un camino de expropiación de cuanto se es y se posee –hasta la propia y legítima libertad– para vivir sacerdotalmente como Cristo bajo la forma de siervo: «Su vivir fue un servicio y su desvivirse una intercesión perenne, poniéndose en nombre de todos ante el Padre como Primogénito de muchos hermanos», decía el Papa Benedicto¹². Vivir en Cristo y como Cristo,

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

11. Juan Pablo II, *Exhortación apostólica «Pastores dabo vobis»* (25 de Marzo de 1992) (= PDV), 36a.

12. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

Primogénito de muchos hermanos por ser el Siervo entregado a la muerte. Así lo enseñaba también el papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, carta magna de la formación sacerdotal: «La autoridad de Jesucristo Cabeza coincide pues con su servicio, con su don, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia. Y esto en obediencia perfecta al Padre: él es el único y verdadero Siervo doliente del Señor, Sacerdote y Víctima a la vez»¹³.

En consecuencia, el Seminario, «comunidad educativa en camino»¹⁴, no puede renunciar a ser una escuela de entrega y servicio, de expropiación y de obediencia, y los futuros sacerdotes, no deben eludir recorrer este camino, con la ayuda de los formadores, so pena de mistificar el ministerio sacerdotal. Ningún proyecto de formación sacerdotal puede ignorar el misterio que envuelve toda vocación sacerdotal de imitación y configuración sacramental con Cristo, «que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima. Configurarse con Él es, en realidad, la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida»¹⁵. Por ello, el Seminario debe ser entendido, ante todo, como una experiencia espiritual, suscitada, guiada, y alimentada por el Espíritu Santo, que es «el Protagonista por antonomasia»¹⁶ de la formación sacerdotal. He aquí la tonalidad mistérica que debe iluminar todo el proceso de la formación y proporcionar unidad al conjunto.

El Seminario debe cuidar prioritariamente que el ambiente de la convivencia facilite a los seminaristas el misterio de su configuración con Cristo Sacerdote y Siervo mediante el cultivo de la vida de fe. Para ello debe mantener un clima suficiente de oración y reflexión, de paz y de sosiego, de fraternidad y de respeto, que permita crecer en el conocimiento interno y personal del Señor. «El Seminario (...) antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo, de manera que el que ha sido llamado por Dios al sacerdocio pueda llegar a ser, con el sacramento del Orden, una imagen viva de Jesucristo...»¹⁷.

La experiencia demuestra que, cuando en la formación sacerdotal se desdibuja el camino espiritual de la expropiación progresiva para vivir como siervos, se puede caer fácilmente en la sutil tentación de erigirse en señor de uno mismo, reservando para uso autónomo y privado zonas de la vida a las que ni el Señor ni el Seminario tienen acceso. Se pueden privatizar los bienes económicos, aunque sean escasos; se pueden privatizar las relaciones afectivas, manteniendo el corazón dividido y sofocando en la práctica el don del celibato; se aspira secretamente a la «carrera eclesiástica», buscando medios y personas para irlo

13. PDV, 21c.

14. PDV, 60b.

15. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

16. PDV 69b.

17. PDV 42c.

logrando. Bajo aparentes formas externas piadosas se puede ser muy mundano, desvirtuando o pervirtiendo la finalidad de la formación sacerdotal. «Formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta personal a la pregunta fundamental de Cristo: ¿Me amas? (Jn 21, 15). Para el futuro sacerdote, la respuesta no puede ser sino el don total de su vida»¹⁸. El Papa Benedicto XVI sintetiza la respuesta en «aceptar la invitación de Cristo a seguirlo, a dejar todo atrás, y a dedicar su vida a buscar la santidad y a servir a su pueblo»¹⁹.

3. «OBEDIENCIA SINCERA Y SIN DISIMULO»

El Santo Padre exhortaba a los seminaristas a vivir una «obediencia sincera y sin disimulo»²⁰ en el contexto de su disponibilidad plena al Señor manifestada en los consejos evangélicos apostólicamente vividos. Previamente se había referido a la obediencia de Cristo ante el Padre: «...al entrar en el mundo, dirigiéndose a su Padre, dijo: 'Aquí estoy para hacer tu voluntad' (cf. Sal 39, 8-9). En todo buscaba agradarle: al hablar y al actuar, recorriendo los caminos o acogiendo a los pecadores»²¹. Ciertamente, la obediencia de los futuros sacerdotes debe ser comprendida, iluminada y educada mirando a Jesucristo y aprendiendo de su entrega en obediencia perfecta al Padre en solidaridad con todo lo humano, menos con el pecado.

Cuando Benedicto XVI afirmaba del Señor que «su vivir fue un servicio y su desvivirse una intercesión perenne, poniéndose en nombre de todos ante el Padre como Primogénito de muchos hermanos»²², estaba proponiendo a los seminaristas la mediación sacerdotal única y perfecta que permanece para siempre: «El autor de la Carta a los hebreos afirma que con esa entrega perfeccionó para siempre a los que estábamos llamados a compartir su filiación (cf. Heb 10, 14)»²³. Sin duda, señalaba también a los futuros sacerdotes el estilo y la forma de existencia propia de quien está llamado a ser como una transparencia de Cristo en medio de sus hermanos²⁴. Se trata, pues, de irse educando en entregar la vida por amor y en obediencia, médula de la identidad sacerdotal, o lo que es lo mismo, situar el ejercicio de la libertad personal en relación con la vocación al sacerdocio. Como es lógico, también en este aspecto sustantivo hay que mirar a Cristo.

La obediencia perfecta por amor al Padre es el núcleo del misterio de Cristo y sustancia de su sacerdocio nuevo y único. Toda la vida del Señor se enmarca

18. *Ibid.*

19. Benedicto XVI, *Homilía en la Catedral de Sydney a sacerdotes y seminaristas*, 19 de Julio de 2008.

20. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

21. *Ibid.*

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

24. Cf. PDV 15c.

en la obediencia al Padre como Hijo eterno y encarnado. Como recuerda el Papa Benedicto, desde las palabras «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10, 7), que la Carta a los hebreos pone en boca de Jesús «al entrar en este mundo» (10, 5), hasta el «todo se ha cumplido» (Jn 19, 30) de su muerte en cruz, «en todo buscaba agradarle: al hablar y al actuar, recorriendo los caminos o acogiendo a los pecadores»²⁵. Su obediencia es total y universal, porque en todo obedece al Padre como respuesta plena de amor y en comunión permanente con Él: «Yo no hago nada por mi cuenta, solamente enseño lo que aprendí del Padre. El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8, 28-29). Por tener su fuente en el amor, la obediencia de Jesús es activa, creativa, responsable, desbordante. No se queda en el mero cumplimiento farisaico, ni nace del miedo; al contrario, la obediencia del Señor brota de su libertad entregada amorosamente al Padre hasta la cruz, supremo y desbordante acto de obediencia, tan fecundo que en él se encierra el misterio de nuestra salvación. Tampoco para Jesús fue fácil la obediencia, por eso, el autor de la carta a los Hebreos, mirando a la vida y a la muerte del Señor, dirá: «... y aunque era Hijo, aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer» (Heb 5, 8).

Esta es la sustancia del sacerdocio de Cristo, y de este sacerdocio los seminaristas están llamados a participar sacramentalmente por la ordenación, y existencialmente por la obediencia al Señor, a través de la mediación de la santa Iglesia. Sin esta convicción de fe hecha experiencia de vida, el sacerdocio de Cristo se vacía, se funcionaliza, se clericaliza. Si contemplamos a Cristo Sacerdote como lo hace el autor de la Carta a los Hebreos, no cabe otra forma de existencia sacerdotal que la fundamentada sobre la libertad entregada al Señor en la obediencia a su santa Esposa, la Iglesia.

Así pues, obedecer con el estilo de Cristo es someterle la propia voluntad en una respuesta desbordante de amor. Supera, ciertamente, el hacer de la propia apetencia la medida de toda la realidad y/o la egolatría de convertir el propio criterio en la norma y medida de todas las cosas. No vale tampoco el mero cumplimiento formal de lo mandado. Vivir la obediencia de Cristo es realizar la voluntad del Padre implicando la propia voluntad en una respuesta personal generosa y excesiva por ser respuesta de amor, como resulta excesiva la obediencia de Cristo al Padre «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8) por amor a Él y a sus hermanos. La verdadera obediencia no es calculadora: obliga a salir de uno mismo y es fuente de maduración para configurarse y aprender a amar como Cristo, «tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida. Ya sabemos que nos sobrepasa y no lograremos cumplirla plenamente, pero, como dice san Pablo, corremos hacia la meta esperando alcanzarla (cf. Flp 3, 12-14)»²⁶.

25. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

26. *Ibid*.

El vivir en obediencia entregando la propia libertad, reclama del futuro sacerdote una conciencia lúcida sobre sí mismo y una libertad suficientemente purificada de falsas motivaciones y dispuesta a ser vivida en oblación. «Alentados por vuestros formadores, abrid vuestra alma a la luz del Señor para ver si este camino, que requiere valentía y autenticidad, es el vuestro...»²⁷, exhortaba el Papa Benedicto a los seminaristas. Acoger estas palabras del Santo Padre en el proceso educativo con respeto y docilidad, significa que cada seminarista entre sin miedos ni evasiones en el misterio de sí mismo, reconociendo ante el Señor las virtudes y defectos, las emociones y sentimientos, los impulsos afectivos y sexuales, los engaños y autojustificaciones; en definitiva, los valores y las heridas que, en el devenir de la propia historia, se han podido grabar en el corazón y condicionan la libertad personal. Una introspección necesitada del acompañamiento paciente y respetuoso del formador y del director espiritual, y en algún caso, de ayuda psicológica. Un entrar en uno mismo que permita al futuro sacerdote encontrarse en la urdimbre de su historia personal con el amor de Cristo, y sabiéndose amado, recuperar la propia historia como una historia de salvación que desea entregarse totalmente a Él en verdad y fidelidad, para ser sólo del Señor y servir a los hermanos en la forma de vida pobre, célibe y obediente del sacerdocio apostólico. Como decía el Papa, «aprended de Aquel que se definió a sí mismo como manso y humilde de corazón, despojándoos para ello de todo deseo mundano, de manera que no os busquéis a vosotros mismos, sino que con vuestro comportamiento edificuéis a vuestros hermanos...»²⁸.

4. «ENTREGA DE SU CUERPO Y SANGRE PARA LA VIDA DE LOS HOMBRES»

En su homilía a los seminaristas, el Santo Padre hacía referencia a la Eucaristía como expresión sacramental de la entrega de Jesús: «Entrega de su cuerpo y sangre para la vida de los hombres y para el perdón de sus pecados»²⁹. La Iglesia recibe de su Señor su cuerpo desgarrado y su sangre vertida, «es decir, su libertad entregada»³⁰, como promesa de redención definitiva y prenda de los bienes futuros, por medio del ministerio del sacerdote en el que Cristo mismo se hace presente como Cabeza, Pastor y Sacerdote de su Iglesia.

Para ejercer este ministerio de ser signos de Cristo sacerdote y representar al Señor como Cabeza y Pastor ante su pueblo, los seminaristas se disponen a recibir el sacramento del Orden y a ser enviados. No para suplantarle ni sustituirle, sino para prestar visibilidad a su presencia salvadora, viva y vivificante. Como afirmaba en otra ocasión el Santo Padre, «nadie puede decir 'esto es mi cuerpo'

27. *Ibid.*

28. *Ibid.*

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*

y 'éste es el cáliz de mi sangre' si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza»³¹; por ello, sólo por la ordenación sacerdotal se puede representar ministerialmente a Jesucristo en la presidencia de la Eucaristía. Los futuros sacerdotes deben aprender a considerar en lo íntimo del corazón el inmenso misterio de gracia que supone re-presentar a Cristo a través de sus personas, frágiles y pecadoras: «Así lo ha querido Dios, que no tiene reparo en hacer de pobres y pecadores sus amigos e instrumentos para la redención del género humano»³². Al considerar lo que están llamados a realizar, los seminaristas no pueden por menos que sentir el legítimo orgullo de recibir en su día, por el sacramento del Orden, la potestad de hacer presente a Cristo –siempre como humildes siervos– en la comunidad de los hermanos. En la actual cultura laicista, que infravalora la imagen del sacerdote o le considera socialmente insignificante, se requiere de los futuros sacerdotes y de los que ya lo son –y también de todos los fieles laicos!– una alta valoración de su vida y ministerio que, más allá de temores o complejos, suscite en ellos cada día el asombro de haber sido agraciados con el don del sacerdocio de Cristo.

Reflexionando sobre la vida de los presbíteros, el Concilio Vaticano II enseña cómo la Eucaristía es «centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se ha de esforzar en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial»³³. También esta enseñanza conciliar resonaba oportunamente en las palabras del Papa que citábamos más arriba: «Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquel que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima»³⁴. Como señalábamos antes, los seminaristas están llamados a vivir el sacerdocio y la existencia, unificadamente, como una ofrenda permanente desde el centro de su libertad consagrada al Señor. Se trata, en definitiva, de reproducir en la vida de cada día los rasgos de Cristo siervo, sacerdote y víctima, en el horizonte espiritual de la exhortación que escucharán del Obispo el día de la ordenación sacerdotal: «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».

En el Seminario, la participación en la Eucaristía se convierte así en camino y tarea, en regalo precioso que ha de ser cuidado –«considera lo que realizas»– cada día y todos los días como el «momento esencial de la jornada»³⁵. Por eso la Eucaristía del Seminario es lugar privilegiado para ir adquiriendo fisonomía y estilo sacerdotales por todos y cada uno de sus miembros. En ella, se visibiliza

31. Benedicto XVI, *Exhortación apostólica «Sacramentum caritatis»* (22 de febrero de 2007), 23.

32. Id., *Homilía en la Misa con los seminaristas de la MJM*.

33. Concilio Vaticano II, *Decreto «Presbyterorum Ordinis»*, 14.

34. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la MJM*.

35. PDV 48c.

la verdadera identidad del Seminario –una fraternidad en Cristo que cada día se renueva y alimenta en el Cuerpo y la Sangre del Señor– y se propone una forma, también nueva, de vivir las relaciones con Dios y entre los hermanos: la que brota de pensar como Cristo, sentir como Cristo y actuar como Cristo.

Reconocer el servicio y la potestad de consagrar la Eucaristía como el mayor tesoro de la vida sacerdotal es fruto del don del Espíritu Santo recibido en la ordenación y, como todo don recibido de Dios, debe ser humildemente agradecido cada día y todos los días: «Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros»³⁶, exhortaba el Santo Padre a los seminaristas en la homilía de la celebración. La Eucaristía es el mayor de los dones de Dios. En la Eucaristía se experimenta que todo es gracia, y que, por todo, hay que dar gracias a Dios. También por el don de ser hijos de la Iglesia y hermanos en la comunidad del Seminario en donde los seminaristas reciben los oportunos cuidados y atenciones en nombre del Señor. En estos tiempos, tan marcados por la competitividad y las reivindicaciones, comer el pan de la Eucaristía invita a madurar un corazón confiado, pobre y agradecido.

5. «IMITARLO EN SU CARIDAD HASTA EL EXTREMO»

El Papa Benedicto invitaba a los seminaristas de la JMJ a poner su mirada en Cristo, Buen Pastor: «Pero Cristo, Sumo Sacerdote, es también el Buen Pastor que cuida de sus ovejas hasta dar la vida por ellas»³⁷. Sacerdote y Pastor son, en Cristo, dos facetas de su único ministerio de salvación: el Sacerdote que se ofrece como Víctima en la Cruz es el Pastor que se hace pasto en la Eucaristía. Consciente de lo que significa la Eucaristía, el futuro sacerdote debe dejarse arrastrar por el dinamismo del sacramento y renovar su disposición a servir a todos y en todo: «Pedidle, pues, a Él, que os conceda imitarlo en su caridad hasta el extremo para con todos...»³⁸. Caridad hasta el extremo con todos pero, sobre todo, con los pobres e indigentes, con los enfermos y pecadores; sacando fuerzas para la luchar contra todo mal y pecado del mundo. Todo esto implica presidir la Eucaristía en el nombre del Señor. Todo esto es fruto de la caridad pastoral de Cristo que tiene en la Eucaristía «su expresión plena y su alimento supremo»³⁹.

Si la caridad pastoral es el amor de Cristo Pastor prolongado o actualizado en el amor concreto del presbítero, o dicho de otra manera, es la participación en la caridad pastoral de Cristo⁴⁰, los futuros sacerdotes deben adquirir un co-

36. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

37. *Ibid.*

38. *Ibid.*

39. PDV, 23f.

40. PDV, 23a.

razón de pastor. «Para imitar también en esto al Señor, vuestro corazón ha de ir madurando en el Seminario, estando totalmente a disposición del Maestro», les indicaba el Papa⁴¹ en su homilía.

Madurar el corazón de pastor supone adquirir la costumbre de mirar el mundo como lo ve el Señor, desde las entrañas de misericordia del Padre: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo» (Jn 3, 16-17). Un cauce espléndido de maduración está en aprovechar la presencia pastoral en las parroquias –limitada y fragmentaria durante el tiempo del Seminario– para descubrir el hambre de Evangelio y poner rostros concretos a las carencias y las esperanzas de los hombres. Como futuros pastores, será su responsabilidad y tarea orar cada día por ellos, por todos, por las necesidades de salvación. También el estudio constante y la reflexión serena que capacita para «dar razón de la esperanza a quien lo pidiere» (1 Pe, 3, 15). Como indica el Santo Padre, prepararse para ser apóstoles con Cristo y, como pastores, ser compañeros de viaje y servidores de los hombres, exige vivir los años de formación con plena dedicación y responsabilidad: «Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia»⁴².

6. «... EN AMOROSA RELACIÓN CON EL TIEMPO Y LAS PERSONAS...»

Vivimos una sociedad con un grado de secularización creciente, en donde la presencia de Dios parece haberse difuminado, crece la increencia práctica y el alejamiento de la vida de la Iglesia. La cultura dominante pretende reducir la experiencia cristiana al ámbito de lo privado, como algo socialmente irrelevante o como un vestigio arcaico de épocas pasadas. Está brotando un nuevo anticlericalismo, que se difunde por los medios de comunicación social e influye en no pocos cristianos de fe sencilla. En este contexto no resulta difícil que algunos sacerdotes o seminaristas caigan en la tentación de la condena global de los tiempos presentes o del refugio temeroso en las sacristías.

El Santo Padre, saliendo al paso de estas posibles tentaciones, marcaba a los futuros sacerdotes el estilo y la forma misioneros de situarse en la realidad actual: «...con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y las personas en medio de las que vivís. Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia

41. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

42. *Ibid.*

oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo»⁴³. Es importante, pues, que en las actuales circunstancias socio-culturales, los seminaristas aprendan a situarse en esta sociedad con rigor y pasión misioneros desde la específica identidad apostólica; sin complejos de inferioridad ni petulancias frente a posibles visiones pesimistas, y con la confianza puesta en la gracia de Dios y la lucidez crítica que brota del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia.

Se trata de una inserción que ve con realismo las dificultades presentes y señala con claridad la injusticia y el pecado, pero que acierta a integrarlas en la certeza de la fe en el Señor que, por la fuerza de su Espíritu, es el verdadero protagonista de la misión pastoral de la Iglesia, y quien tiene la última palabra sobre la salvación del hombre. «Por eso, en cualquier circunstancia en la que se halle, y por dura que esta sea, el sacerdote ha de fructificar en toda clase de obras buenas, guardando para ello siempre vivas en su interior las palabras del día de su Ordenación, aquellas con las que se le exhortaba a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor»⁴⁴, insiste el Santo Padre a los seminaristas. Sin arrogancias, y en actitud dialogal; siempre desde la clara identidad cristiana y sacerdotal, y con la fortaleza de quien se siente cimentado y sostenido por la verdad de Dios, cultivada en el estudio, en la reflexión, y en la contemplación orante del misterio de Cristo, a cuya luz se esclarece el sentido de la vida, de la muerte, y el más allá de la muerte.

7. «NO OS DEJÉIS INTIMIDAR POR UN ENTORNO EN EL QUE SE PRETENDE EXCLUIR A DIOS...»

Ser cristiano en un ambiente dominado por el pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, reclama la firmeza de la fe. Con toda claridad, Benedicto XVI actualizaba para los seminaristas de hoy lo que el Señor anunciaba para sus discípulos de siempre: «Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio» (Lc 21, 12-13). Para ser testigos de Jesucristo sin fisuras y con todas las consecuencias, los futuros sacerdotes han de asumir el vivir a contracorriente de los modos y maneras de este mundo en una sana aunque incómoda disidencia social: «Afrontad este reto sin complejos ni mediocridad, antes bien como una bella forma de realizar la vida humana en gratuidad y en servicio, siendo testigos de Dios hecho hombre, mensajeros de la altísima dignidad de la persona humana y, por consiguiente, sus defensores incondicionales»⁴⁵.

43. *Ibid.*

44. *Ibid.*

45. *Ibid.*

Los tiempos reclaman a todos los fieles cristianos, especialmente los futuros sacerdotes, acentuar el carácter testimonial de la fe, es decir, vivir el seguimiento del Señor «martirialmente», en el sentido etimológico de la palabra, es decir, dando testimonio público con fortaleza, humildad y coherencia del Evangelio de Jesucristo: «Apoyados en su amor, no os dejéis intimidar por un entorno en el que se pretende excluir a Dios y en el que el poder, el tener o el placer a menudo son los principales criterios por los que se rige la existencia. Puede que os menosprecien, como se suele hacer con quienes evocan metas más altas o des-enmascaran los ídolos ante los que hoy muchos se postran. Será entonces cuando una vida hondamente enraizada en Cristo se muestre realmente como una novedad y atraiga con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia»⁴⁶. Aunque en estas latitudes no parece que el testimonio conlleve la efusión de sangre ciertamente habrá que disponerse a ser «signo de contradicción» y a ser considerado socialmente insignificante o retrógrado.

«Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica», advertía el Santo Padre a los seminaristas, recordándoles que el testimonio cristiano en el mundo es necesariamente eclesial como condición para encontrarse en verdad con Cristo Resucitado: «No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir 'por su cuenta' o de vivir la fe según la mentalidad individualista que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él»⁴⁷, decía el Papa a todos los jóvenes de la JMJ. El Seminario debe educar a los futuros sacerdotes, testigos públicos de la fe en Cristo, arraigados en la verdad de Dios y del hombre, tal como la Iglesia la enseña y propone. Educación en la verdad como certeza que fundamenta y sostiene la vida del testigo, y educación en la verdad como camino porque el misterio de Dios está siempre más allá de donde nosotros estamos. Siempre con humildad y en actitud dialogal —el presbítero debe ser «el hombre de la misión y el diálogo»⁴⁸—, pero con la fortaleza de quien se siente inmerso en la verdad de Cristo Salvador, que, en la Santa Madre Iglesia le precede, sostiene y orienta por el verdadero camino de la salvación.

8. «...COMO HIZO EL SANTO PATRONO DEL CLERO SECULAR ESPAÑOL, SAN JUAN DE ÁVILA»

Al finalizar la celebración, con gran alegría de todos los obispos, sacerdotes y seminaristas presentes se recibió el anuncio del Papa de la próxima proclamación de san Juan de Ávila como doctor de la Iglesia. Figura sacerdotal de gran influencia en la Iglesia de su tiempo, referencia y consejero de tantos san-

46. *Ibid.*

47. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de clausura de la JMJ*, 21 de agosto de 2011.

48. PDV, 18b.

tos y santas del Siglo de Oro, formador y reformador de sacerdotes, cuya doctrina e iniciativas llegaron hasta el Concilio de Trento. Sacerdote ejemplar para la vida y misión de los presbíteros actuales y, por tanto, para los que se preparan para serlo.

«Nosotros debemos ser santos para no crear una contradicción entre el signo que somos y la realidad que queremos significar»⁴⁹. San Juan de Ávila puede ser arquetipo de todo sacerdote diocesano que, alimentado de una buena teología, acierta a unificar en su persona vida, ministerio y misión, para hacer de su ejercicio un camino propio de santidad. La imitación de Cristo como el Buen Pastor que entrega la vida, y su concepción de la vida sacerdotal al modo y manera de la vida apostólica, unificada y renovada cada día por su oración sacerdotal y su «ferviente celo por las almas», serán de nuevo ocasión para que sacerdotes y seminaristas redescubran lo esencial del ministerio: anunciar a Jesucristo como Señor y Salvador con una predicación que nace de la identificación personal con Cristo y el testimonio de una vida entregada.

No sabría encontrar un mejor colofón para concluir estas reflexiones que las palabras con las que el Papa Benedicto finalizaba la homilía en la Catedral de la Almudena con los seminaristas de todo el mundo: «Con esa confianza, aprended de Aquel que se definió a sí mismo como manso y humilde de corazón, despojándoos para ello de todo deseo mundano, de manera que no os busquéis a vosotros mismos, sino que con vuestro comportamiento edificuéis a vuestros hermanos, como hizo el santo patrono del clero secular español, san Juan de Ávila. Animados por su ejemplo, mirad, sobre todo, a la Virgen María, Madre de los sacerdotes. Ella sabrá forjar vuestra alma según el modelo de Cristo, su divino Hijo, y os enseñará siempre a custodiar los bienes que Él adquirió en el Calvario para la salvación del mundo»⁵⁰.

⁴⁹ Benedicto XVI, *Homilía en la Misa con los seminaristas de la JMJ*.

⁵⁰ *Ibid.*